

**UN INTELLECTUAL EN LA MONCLOA.  
CARTAS Y CONSEJOS DE JOSÉ MARÍA MARAVALL  
A FELIPE GONZÁLEZ EN LA DÉCADA DEL CAMBIO**

*AN INTELLECTUAL AT THE MONCLOA PALACE.  
LETTERS AND COUNSELING FROM JOSÉ MARÍA MARAVALL  
TO FELIPE GONZÁLEZ IN THE DECADE OF CHANGE*

César Luena López\*, Juan Carlos Sánchez Illán  
Universidad Carlos III, Madrid, España

**RESUMEN:** En este trabajo se analiza la visión personal e interior de un reconocido intelectual, un sociólogo eminente que ocupó puestos de alta responsabilidad durante la década del cambio. A partir del trabajo, de primera mano, con sus cartas y entrevistas, se aporta, al estado de la cuestión, el análisis de una potente mirada subjetiva que viene a configurar nuevas perspectivas sobre esta etapa de la historia reciente de España. Se trata, además, de un estudio epistolar e histórico que muestra cómo los protagonistas de la «década del cambio» reconocían los problemas políticos internos y no estaban exentos de angustia y de estímulo para la reacción. Existía, pues, una clara toma de conciencia de las problemáticas sociales y también del poder de influencia que determinados políticos e intelectuales ejercían sobre el presidente del gobierno.

**PALABRAS CLAVE:** cartas, entrevistas, intelectuales, gobierno, responsabilidad.

**ABSTRACT:** *This paper discusses the personal and inner vision of a renowned intellectual, an eminent sociologist who held top positions of responsibility during the so-called «decade of change». Based on his first hand work, letters and interviews, an analysis of this powerful subjective look is provided to shed new light on this period of the Spanish recent history. It is also an epistolary and historical study that proves the main characters of the «decade of change» did tackle domestic political problems with energy, although not without distress. There was therefore a clear awareness of the social problems as well as the influence that certain politicians and intellectuals had over the president of the Government.*

**KEYWORDS:** *letters, interviews, intellectuals, Government, responsibility.*

\* **Correspondencia a / Corresponding author:** César Luena López. Universidad Carlos III de Madrid, Departamento de Comunicación, calle Madrid, 133 (28903 Getafe-Madrid) – [cluena@hum.uc3m.es](mailto:cluena@hum.uc3m.es) – <https://orcid.org/0000-0003-0644-4887>

**Cómo citar / How to cite:** Luena López, César; Sánchez Illán, Juan Carlos (2022). «Un intelectual en la Moncloa. Cartas y consejos de José María Maravall a Felipe González en la *década del cambio*», *Historia Contemporánea*, 70, 975-1007. (<https://doi.org/10.1387/hc.21924>).

Recibido: 20 julio, 2020; aceptado: 24 noviembre, 2020.

ISSN 1130-2402 - eISSN 2340-0277 / © 2022 Historia Contemporánea (UPV/EHU)



Esta obra está bajo una Licencia  
Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional

## 1. Introducción. La visión interior de José María Maravall. «Un sociólogo de Oxford con una biografía agitada»

La denominada *década del cambio* (1982-1992) estuvo sometida, desde su mismo desarrollo histórico, a un juicio político, mediático y social muy vehemente, propio de la trascendencia y expectativas generadas por el primer triunfo que un partido socialista había obtenido en España, al menos desde las elecciones constituyentes de 28 de junio de 1931. En palabras de Álvaro Soto y Abdón Mateos, «el cambio implicó una esperanza y una ilusión no solo para los votantes socialistas, sino para una gran mayoría de españoles», formando parte ya de la historia, pues, en su conjunto, «la etapa socialista entre 1982 y 1996 es un proceso acabado, aunque sigue influyendo en el presente»<sup>1</sup>.

La puesta a disposición pública de las cartas que los ministros de Felipe González le remitieron durante aquel decenio, por parte de la Fundación que lleva su nombre, ha permitido examinar una serie de largas epístolas del sociólogo José María Maravall Herrero (Madrid, 1942)<sup>2</sup>. Todas ellas enviadas en su calidad de ministro de Educación y Ciencia —entre diciembre de 1982 y julio de 1988—, a excepción de la última, que sería enviada como miembro de la Comisión Ejecutiva Federal (CEF) del PSOE, en la que iba a ser su segunda y última etapa en este órgano (1988-1994). En este caso, al valor añadido del análisis de la correspondencia entre políticos, un clásico ineludible de la historiografía, por la riqueza de datos de primera mano e *intrahistóricos* que aporta, hay que sumar —como fuentes primarias cuya interpretación se aporta en este ensayo— el propio testimonio consciente, lúcido y con un fuerte sentido moral que proporciona la potente mirada subjetiva de un destacado y comprometido intelectual, en sentido estricto, un reputado sociólogo que comprendía muy bien la dinámica y la conciencia históricas<sup>3</sup>. En el análisis contextual de sus cartas, por añadidura, hay que tener en cuenta que, «cuanto más recientes son, más aumentan los problemas y contenidos discursivos

---

<sup>1</sup> 2013, pp. 17 y 20. Una excelente síntesis de su significado histórico, en Marín Arce, 2008, pp. 43-71. También en el monográfico de *Ayer* sobre la «época socialista», coordinado por Pere Ysàs, 2011. Así como en el exhaustivo dossier historiográfico —que incluye las tesis doctorales y aportaciones más recientes— dirigido por Abdón Mateos, 2020.

<sup>2</sup> Archivo Fundación Felipe González. Correspondencia de Felipe González con José María Maravall Herrero. Signatura AFFG FER0044768.

<sup>3</sup> Al respecto, véase Juliá, 1989, *passim* y Paramio, 1986, pp. 1-18.

de las mismas»<sup>4</sup>. Por ello, se ha elaborado una panorámica caleidoscópica que ha sido posible enriquecer, en buena medida, gracias al testimonio y las reflexiones del propio protagonista, efectuadas en una muy extensa entrevista, concedida ex profeso para la elaboración de este trabajo de investigación, el 17 de enero de 2020. En suma, a través de las misivas de José María Maravall a Felipe González —quien, como jefe del gobierno y secretario general del PSOE, tras obtener su tercera mayoría electoral consecutiva, ya había dejado dicho que «hay que renovar el PSOE para no morir de éxito»<sup>5</sup>—, se ha podido determinar la visión interior que, sobre los principales problemas del cambio tenía uno de los colaboradores más cercanos —y de mayor confianza personal— con el entonces presidente del gobierno. Alguien que se veía a sí mismo, por otro lado, más como un científico social que como político al uso<sup>6</sup>, quien reflexionó ampliamente, durante siete largas cartas, escritas entre marzo de 1984 y septiembre de 1990, sobre asuntos políticos de gran calado, tales como la estrategia, la política de comunicación, los problemas en torno a la unidad del partido, las fallas en la coordinación interna con el PSOE, entre ministerios o con las Comunidades Autónomas, las políticas a priorizar y uno de los asuntos más controvertidos del primer mandato del PSOE: la permanencia en la OTAN.

En todas ellas, José María Maravall, aunque se manifiesta como un gran admirador de Felipe González<sup>7</sup> y firme partidario de su liderazgo<sup>8</sup>, adoptaría, no obstante, junto a la firme devoción, una postura *moralista* —que cabría entroncar con la figura de Larra— de sincera crítica hacia él, anticipando cuestiones, al tiempo que aconseja, opina, refuta y contra-

---

<sup>4</sup> Schulte y Tippelskirch, 2004, p. 6.

<sup>5</sup> «Felipe González cree que hay que renovar el PSOE para no morir de éxito», *El País*, 10-11-1990,

<sup>6</sup> «Sigo siendo infinitamente más un estudioso de la política que un político», afirmará en su Carta de 30-7-1984.

<sup>7</sup> De la misma forma, Felipe González tenía la mejor de las consideraciones sobre José María Maravall. De acuerdo con el testimonio de Enrique Barón, Maravall era el verdadero «consejero áulico» del Presidente; quien diría de él que «siempre ha sido un nombre de izquierdas, consistentemente de izquierdas. Es un socialdemócrata de raíz, radical, en el sentido de que creía en lo que hacía y lo hacía con determinación, con una tensión que a veces no podía soportar porque le hacía sufrir, sin ninguna distancia cínica». Iglesias, 2003, p. 838.

<sup>8</sup> «Has sido y eres el dirigente político más querido en la historia contemporánea de España», llega a decir en su Carta de 9-7-1986.

dice<sup>9</sup>. Y, todo ello, con una presencia continuada, en sus argumentos epistolares, de una fuerte carga crítica, entendida como una forma de comportamiento leal, hacia quien consideraba el indiscutible jefe de filas, porque, así, iba a «tener sentido exponerlos por escrito. Al fijarlos en el papel, se les pueden dar más vueltas, aclararlos más, retornar sobre ellos, relacionarlos con otras ideas»<sup>10</sup>. Esta admiración provenía, además, por línea directa, de su propio padre —a quien siempre se confesará muy apegado, humana e intelectualmente—, el eminente historiador de las ideas José Antonio Maravall (1911-1986), quien, a propósito, escribiría —en 1979— una larga misiva a Felipe González, de «un viejo historiador a un joven dirigente socialista», afirmando con solemnidad, «con el máximo de interés hacia el país, cuyo drama he vivido día a día», que «tal vez en ninguna ocasión contemporánea he visto a un político español capaz de despertar mayor y más estimable confianza». En palabras de su hijo, se trataba de «una carta tremenda que Felipe siempre llevó consigo»<sup>11</sup>.

Con este bagaje, no puede extrañar que el diario *El País* le calificara, como motivo de su toma de posesión ministerial, como «un sociólogo de Oxford con una biografía agitada»<sup>12</sup>. Licenciado en Derecho con Premio extraordinario en 1965, a los veinte años ya era un comprometido líder estudiantil antifranquista. Debido a su militancia en la clandestina Federación Universitaria Democrática Española (FUDE), sería expulsado de la universidad en 1964 durante un año, junto a Javier Solana. Miembro destacado del legendario Frente de Liberación Popular (FLP, más conocido coloquialmente como FELIPE), en mayo de 1969 tiene lugar la lectura de su primera tesis doctoral, en Derecho, con el título de *El desarrollo económico y los trabajadores: (un estudio sociológico de los conflictos obreros en España)*, dirigida por Salustiano del Campo. El título de doctorado le viene concedido junto a la orden de no pisar recinto universi-

---

<sup>9</sup> Sobre el referido liderazgo de Felipe González, Javier Tusell habló de la «grandeza y excepcionalidad de un político que supo hacer compatible el idealismo y el pragmatismo, el deseo de cambio y el modo moderado de llevarlo a cabo»; y que «no solo no tuvo tentaciones de optar por el retiro tras dos legislaturas sino que renunció a él en dos ocasiones sucesivas por la simple razón de que no era posible un relevo con oportunidades de victoria». En Iglesias, 2003, p. 26.

<sup>10</sup> Carta de 8-7-1987.

<sup>11</sup> José María Maravall, «Testimonio personal», *El País*, 23-12-2006; también en Iglesias, 2003, pp. 69-70.

<sup>12</sup> «El nuevo Gobierno. Un sociólogo de Oxford con una biografía agitada», 3-12-1982.

tario alguno. En aquel momento, refiere Maravall, «el FELIPE había estallado por los aires. Entonces, después de la muerte de Enrique Ruano y del estado de excepción, decidí irme a Inglaterra. Me fui, primero, con una beca del British Council y, luego, cuando se me acabó, con una beca de la OCDE, hasta que Oxford me dio un trabajo»<sup>13</sup>. Al mismo tiempo, ejerce como militante muy activo del Partido Laborista, para el que trabaja en el departamento internacional de su comité ejecutivo. En Oxford realiza su tesis doctoral en Sociología, siendo nombrado investigador del St. Antony's College en 1973. Al año siguiente, gana la plaza de profesor del Instituto de Sociología de Warwick, al tiempo que ingresa en el Partido Socialista Obrero Español. En 1975 obtiene el doctorado de Sociología en Oxford y vuelve a Madrid, tras sacar la agregación de Sociología, y es secretario en Madrid del sindicato socialista de enseñanza (FETE) en el curso 1975-1976. Tiene que volver a Oxford en 1976, debido a compromisos académicos, y allí se queda hasta 1978<sup>14</sup>.

En España, entre tanto, había avanzado el proceso histórico de la Transición y, por ello, se sentía «fatal personalmente. Tenía un sentido de que no estaba cumpliendo con mi deber. Y entonces vine de permiso académico». El lunes 6 de febrero de 1978, en la que sería su epifanía política, José María Maravall asiste, junto a Javier Pradera, a una conferencia que pronunciaba Felipe González en el Club Siglo XXI. Con el título de «España y su futuro», el político y abogado laboralista sevillano tuvo como padrino, en aquella histórica presentación en sociedad, a Joaquín Ruiz-Giménez. De acuerdo con la crónica de *La Vanguardia*<sup>15</sup>, «el líder del segundo partido en importancia numérica en España» habló de su visión regeneracionista de la política española, en los inmensos salones del edificio Eurobuilding, ante «miles de asistentes y nutridísima cena después de la conferencia». Según su propio relato, el impacto humano e intelectual que aquel acto le produjo fue tremendo: «Pradera y yo estábamos perplejos. Yo estaba estupefacto. Porque digamos que yo había girado hacia la socialdemocracia muy claramente, pero era la primera vez que encontraba algo que no había encontrado en el Partido Laborista ni en

---

<sup>13</sup> Entrevista 17-1-2020.

<sup>14</sup> Además, entre otros muchos méritos, será profesor en prestigiosas universidades de EEUU, como Columbia o Harvard, y fue director del Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales del Instituto Juan March. Desde abril de 2010 es miembro de la Academia de las Artes y las Ciencias de Estados Unidos.

<sup>15</sup> Ramon Pi, «El lugar de los socialistas», 7-2-1978.

ninguna parte. Un tipo que hablaba como yo creía que debía hablar un socialdemócrata». Observaron y comentaron de su discurso, en particular, las influencias de figuras como Galbraith, Palme y Brandt, así como el poso de sus muchas lecturas, ya que —luego supieron— «era noctámbulo y leía por las noches». Ya no era «el sevillano calladito que escuchaba. Calladito...», al que había conocido años atrás durante el servicio militar. De hecho, tras finalizar el acto, «Felipe viene directo hacia mí y me dice: “¿Tú eres José María Maravall? ¿Estás en Inglaterra?” Y le digo que sí, con muy mala conciencia. “¡Pues ya va siendo hora de que vuelvas, no chico!”»<sup>16</sup>.

Y así fue, en cuanto pudo librarse de su compromiso académico, regresaría a España para participar muy intensamente en el Congreso Extraordinario de septiembre de 1979, en aras de «Forjar el socialismo». Su protagonismo mediático<sup>17</sup>, según sus propias palabras, sería, «entre el XVIII Congreso —de mayo— y el Extraordinario, muchísimo». Entonces, «viene Solana a mi casa por la noche y me dice: “José Mari, me dice Felipe que si le puedes escribir el discurso para mañana, del Congreso Extraordinario. Sabes que tenemos toda la responsabilidad del país y el partido estaba roto”. Y le dije: “Bueno, bien gracias por la noche sin dormir. Pero de acuerdo”. Entonces escribí el discurso de Felipe. Esto no lo he contado a nadie». De modo que, prosigue, «me pongo a escribir el discurso, llego allí y se lo doy. Lo lee entero y me dice: “Estupendo”»<sup>18</sup>.

En aquel momento, toma cuerpo, definitivamente, la denominada corriente socialdemócrata del PSOE, que asume a fondo los riesgos y el compromiso de un proyecto con vocación europea y de modernidad. Una política que Francisco Umbral definiría como «generacional y halconera —la generación de Felipe—, altiva, que viene a regenerar España»<sup>19</sup>.

<sup>16</sup> Entrevista 17-1-2020.

<sup>17</sup> «Escribo cartas en la prensa. Escribo en *Zona Abierta*. Ludolfo Paramio y Jorge Martínez Reverte escriben un durísimo artículo que se llama «Sin imaginación y sin principios» que me hace bramar de ira. [Se refiere a «Sin imaginación y sin principios. La izquierda durante el período constituyente», *Zona abierta*, 1979, 18, pp. 35-46]. Y hago una entrevista en *El Viejo Topo* muy larga, en la que dicen que soy el responsable del *Bad Godesberg del PSOE*». Entrevista 17-1-2020.

<sup>18</sup> Entrevista 17-1-2020. Transcripción del discurso, en «Tenemos un proyecto sólido y coherente», *El Socialista*, 7-10-1979: 14-16.

<sup>19</sup> «Maravall», *El País*, 8-5-1988.

El 29 de septiembre de 1979, en concreto, y tras una clara victoria del sector de los entonces denominados *moderados* —frente a los *históricos*— en la conformación de la Ejecutiva del partido, es elegido secretario de formación en la Comisión Ejecutiva del PSOE<sup>20</sup>. La entrada del «intelectual académico» es interpretada, en clave interna por el propio órgano oficial, como la llegada de los «intelectuales al poder»<sup>21</sup>. En palabras de Maravall, «era lo peor que me podía suceder. Yo pensaba hacer otra cosa con mi vida. No se me ocurría estar en la Ejecutiva Federal». Entonces, el secretario de Cultura, Ignacio Sotelo, «me dijo: “Tú aguantas tres meses y luego nos vamos”». En aquel momento, para mitigar sus recelos, pactó con Felipe González lo que denomina su «libertad interior». Al respecto, señalaría que, desde el primer momento, «entré en política con vocación de brevedad. Me importaba un carajo irme» y, en consecuencia, «había tenido libertad de expresión siempre». El propio Felipe González, en lo que sería el inicio de una más que estrecha relación política, al respecto le «quiso decir una cosa: “José Mari — siempre me llamaba así—, no espero que tú me vayas a dar muchos votos en las agrupaciones, pero sí cuento con que tengas siempre eso que es un arma letal en ti, que es la capacidad de irte en cualquier momento y de hablar con total libertad”. Y eso inició la historia»<sup>22</sup>. Con posterioridad, Maravall tendría ocasión de volver a reflexionar sobre todas estas cuestiones en sus obras *El control de los políticos* (2003) y *La confrontación política* (2008), así como en la entrevista que María Antonia Iglesias le realizó para su libro *La memoria recuperada. Lo que nunca han contado Felipe González y los dirigentes socialistas*<sup>23</sup>.

---

<sup>20</sup> «Congreso Extraordinario. La nueva ejecutiva del PSOE», *El País*, 30-9-1979. Se trata del Congreso en el que el PSOE relegó el marxismo como doctrina fundamental del Partido. Según Tezanos, en este Congreso, «el PSOE reafirmó su carácter de partido democrático y federal, rechazando el exclusivismo marxista, y manifestándose abierto a todas las aportaciones que habían contribuido a configurar el socialismo». 1993, p. 190. Sobre el relevante papel de Maravall en la postergación del marxismo, véase también Andrade, 2010, p. 150.

<sup>21</sup> Enrique Gomáriz, «Intelectuales al poder», *El Socialista*, 7-10-1979.

<sup>22</sup> Entrevista 17-1-2020. Esta historia política personal, así iniciada, le llevaría a ser miembro de la Comisión Ejecutiva Federal de 1979 a 1984 y de 1988 a 1994. Elegido diputado al Congreso de los Diputados por Valencia (1986-1989). Fue ministro de Educación y Ciencia de 1982 a 1988. Responsable de la Ley Orgánica de Reforma Universitaria, LRU (1983), de la Ley Orgánica del Derecho a la Educación, LODE (1985), y de la Ley de la Ciencia (1986).

<sup>23</sup> 2003, pp. 37-92.

## 2. El relato mediático de la acción de gobierno

Se puede afirmar, en la línea de Crick<sup>24</sup>, que José María Maravall —un estudioso a fondo del impacto de los medios de comunicación sobre la actividad política<sup>25</sup> y de las informaciones de las encuestas sociológicas— puso en marcha en aquellos escritos políticos una manera de mostrar su personal visión del cambio. De manera que su epistolario permite iniciar una suerte de diálogo histórico, establecido entre su personal prospectiva y el pasado más reciente. Algo de lo que el propio Maravall sería, en todo momento, plenamente consciente. De este modo, como señala en su carta de 22 de marzo de 1984, es posible «que las cosas funcionen, sí, pero unas mejor que otras. Tenemos que ajustar ya la idea de los componentes básicos de la aportación de este gobierno, tal como será juzgado dentro de veinte años»<sup>26</sup>. Algo sobre lo que volvería unos meses después, cuando escribiría que «no debemos perder nunca de vista lo que se dirá de nosotros en el futuro»<sup>27</sup>. Aunque nunca lo dirá tan claro —y de forma tan premonitrice— como en su carta de 9 de julio de 1986, cuando recordará palabras de Ramón Rubial, «obsesionado —dice Maravall— por el buen aprovechamiento del tiempo»; y esto es así «porque, como sabes mejor que nadie, dentro de diez, quince o veinte años recordaremos estos años como una etapa privilegiada de la historia, en la que tuvimos ocasión de hacer lo que otros no habían hecho nunca, no hubieran hecho y no harán, años en los que el pueblo español tiene el dirigente con más respaldo democrático de toda su historia»<sup>28</sup>.

Una de las tareas que más le preocupaban, dentro del partido, era la de la formación intelectual de los cuadros dirigentes y la riqueza del debate político interno. «Yo daba mucha importancia al partido. Me aburría el consejo de ministros. Realmente, no se podía hablar de política, no había espacio, no había tiempo», refiere al respecto. En esta tarea se implicaría a fondo, a lo largo del iniciático año de 1982, junto al propio Felipe Gonzá-

---

<sup>24</sup> 2001, *passim*.

<sup>25</sup> En su Carta de 9-7-1986, por ejemplo, llegaría a afirmar que «el analfabetismo político de los medios de comunicación es pasmoso».

<sup>26</sup> Treinta años antes, en 1955, su padre había dejado escrito que «la Historia no es tanto como el saber del presente... pero sí la conciencia que alcanzamos del nivel de nuestro tiempo». J. A. Maravall, 1955, p. 23.

<sup>27</sup> Carta de 30-7-1984.

<sup>28</sup> Carta de 9-7-1986.



lez, «haciendo recorridos en un R5 que tenía entonces Carmen y que Felipe le mangaba... Íbamos viendo casas que pudieran ser disponibles para utilizar como residencia, lugar de debate y exposición». Se trataba de la búsqueda de una sede apropiada para la puesta en marcha de la Fundación Jaime Vera, «como centro de formación de cuadros», en tanto que la Fundación Pablo Iglesias ejercería «como núcleo de reflexión política». De hecho, la Fundación Jaime Vera «se abrió por primera vez para preparar los cuadros que iban a responsabilizarse de la campaña del 82». Al respecto, insistirá en que le «daba mucha importancia a esto. Lo de estas instituciones, de la Pablo Iglesias o la Jaime Vera, o la propia desconexión y segmentación entre la Comisión Ejecutiva Federal y el gobierno», que «impedía coordinar la actuación de los ministros y que hubiera un rumbo claro»<sup>29</sup>.

Tras las elecciones de 28 de octubre de 1982, con una flamante mayoría absoluta, González decidió contar con José María Maravall como ministro de Educación y Ciencia, responsabilidad que ejercería, concretamente, desde el 3 de diciembre. «Muy a mi pesar», según sus palabras, ya que «hubiera preferido ser jefe de su gabinete en Moncloa, justo para estudiar y coordinar y tal». En este sentido, se manifestaría, en todo momento, muy preocupado y contrariado por la que juzgaba «evidente desconexión» con el partido, «algo que cansaba a Felipe», de modo tal que «echaba mucho de menos esa unión, esa vinculación entre partido y gobierno que hubiera permitido que no fuera una especie de consejo de administración». Fue, precisamente, tras una reunión de la Ejecutiva, celebrada antes del verano de 1982, cuando Felipe le dijo que iba a ser el ministro de Educación. A lo que le replicaría «que no, ni muerto. Porque mi padre había sido funcionario del ministerio de Educación muchos años y me había dicho: “Si puedes entrar en el gobierno, evita este ministerio”. Así que voy a intentar evitar entrar en cualquier cosa». De hecho, Felipe tuvo que apelar a su más que excelente sintonía personal, con la expectativa de que, «por las tardes, vienes a eso de las ocho a tomar un refresco en la cuesta de las Perdices. Los dos sentaditos en una mesa, allí tan tranquilos, tomando un refresco. “¿De verdad tú crees que va a ser así nuestra vida?”», le diría. Entonces, «debí de ser, junto con Fernando Ledesma, creo, desde luego Miguel Boyer, el único ministro que lo supo antes del verano»<sup>30</sup>.

---

<sup>29</sup> Entrevista 17-1-2020.

<sup>30</sup> Entrevista 17-1-2020.

En la primera de las cartas conservadas —de 22 de marzo de 1984—, marcando una suerte de agenda, Maravall señala a Felipe González las cinco cuestiones, a las que denomina los «flancos débiles» de la acción de su Ejecutivo: la relación con la OTAN, el paro, la vinculación entre seguridad y justicia, el funcionamiento del Estado, así como la debilidad estructural del mensaje social del gobierno<sup>31</sup>. En este último aspecto, en particular, subraya que se podría «perder la oportunidad histórica de este gobierno», debido tanto a la inexistencia de un lenguaje político apropiado para encarar a la derecha y mostrar sensibilidad hacia los «sectores más dependientes», como a la que juzgaba deficiente coordinación interministerial, la pérdida de la iniciativa legislativa y, finalmente, la escasa presencia pública de González, a quien sugerirá que «debes acentuar mucho tu liderazgo del país», porque «confiar en que los apóstoles del partido y del gobierno extiendan solos el mensaje es confiar demasiado». Pero Maravall no se queda tan solo en el diagnóstico, sino que propone y estimula iniciativas. Y lo hace con recetas *tradicionales*, por así decir, ya que, a su entender, habría que «salir más por el país, conectar más con la gente, estar más en todas partes y menos en nosotros, intentar enganchar y convencer»<sup>32</sup>.

Durante el verano de 1984, una vez más, volverá a la carga, para advertir al presidente de cómo los medios de comunicación se estaban convirtiendo en un factor político de primer orden, más que influyente y, en algunas ocasiones, decisivo. Y, sobre todo, para propinarle una severa reprimenda acerca de la poca relación de la política que estaba desempeñando el gobierno con el socialismo o con la socialdemocracia, «que tanto da». Así, antes de proporcionar a su correspondiente una serie de datos demoscópicos —e incluso un informe completo sobre el impacto de los medios de comunicación, titulado *Nota sobre el desarrollo de la crisis gubernamental en la Prensa*—, Maravall infiere el que, a su juicio, es el problema central, que «no es la política económica, en modo alguno; el problema es una filosofía política que se extiende a la mayor parte de las áreas de gobierno». Porque esa doctrina se asentaba en una mala organización y en un defectuoso modo de funcionar, una gestión política «descompensada», según su criterio. Desde fechas tempranas fue palpable que «hubo bastante confusión en cuanto al papel que debería desempeñar

---

<sup>31</sup> Sobre las dimensiones estratégicas y electorales de la política económica del gobierno socialista, véase Boix, 1996, pp. 21-42 y 203-246.

<sup>32</sup> Carta de 22-3-1984.

la organización del partido en cuanto a la política de comunicación»<sup>33</sup>. Una política equivocada que llevaría a Felipe González a asumir el mayor desgaste en la defensa de la gestión de áreas tan incómodas como interior, exteriores, defensa o economía, o de problemas tan acuciantes como la OTAN, el paro, el terrorismo o la seguridad ciudadana, lo que, avisaba, «ha afectado negativamente a tu popularidad». Maravall encuentra en la ausencia de un «hilo conductor» el origen de este problema político y de gestión, lo que redundaba en la falta de un «trabajo de síntesis y globalidad»<sup>34</sup>.

La preocupación por la construcción de una narrativa consistente y por la iniciativa mediática será, de hecho, una constante en sus escritos, por lo que se quejará amargamente a González de la «considerable ausencia pública del socialismo, tanto respecto del gobierno como respecto del partido, en lo que se refiere a expresión y debates políticos». Por consiguiente, considera que «hay que recuperar la iniciativa en el lenguaje político», recomendando al tiempo una serie de iniciativas destinadas a conseguir un cambio en la política de comunicación del Ejecutivo, dado que «nuestra falta de presencia, nuestra falta de lenguaje y nuestra posición a la defensiva no deberían proseguirse», porque, ante todo, «se trata de decir la verdad, sin duda», pero «hay que hacerlo tomando la iniciativa y atacando a la derecha»<sup>35</sup>. En este ámbito de actuaciones, más concretamente, pedirá un «mayor tensionamiento» y que el gobierno adquiriera «un carácter más político, tanto en su lenguaje como en su propia sensibilidad», abandonando la «razón técnica» que implicaba enmarcar a la política gubernamental, de manera contraproducente, en una posición «extraordinariamente distanciada de la angustia de muchos ciudadanos». Una ciudadanía que, hasta entonces, había depositado, mayoritariamente, sus expectativas en los aspectos sociales de la política del gobierno —según detalla en su misiva— y más cuando los problemas estaban ahí, detectados de una forma nítida: el desempleo, la reconversión industrial, la inseguridad ciudadana, las pensiones, las críticas de la CEOE, la droga, la pobreza, y la situación de marginalidad de varios sectores sociales, especialmente de los jóvenes. Sin embargo, aclara, al mismo tiempo, que no era viable otro enfoque macroeconómico distinto al que el gobierno estaba realizando, pero pide

---

<sup>33</sup> Méndez Lago, 2000, pp. 297-298.

<sup>34</sup> Carta de 30-7-1984.

<sup>35</sup> Carta de 22-3-1984.

que, al menos, se explique mejor, porque —argumenta— «no nos diferenciamos bastante»<sup>36</sup>.

### 3. Los problemas de coordinación entre partido y gobierno

De la misma forma —y en términos parecidos y reiterados— expresaría abiertamente sus opiniones en lo concerniente a su visión sobre la deficiente coordinación política. Al respecto, se quejará al presidente, sobre todo, de la ausencia de una política coherente, que «se manifiesta también hacia adentro», para pedir acto seguido que se pusiera «coto a la crítica interna entre cargos públicos», porque «se acaba desgastando fuertemente la imagen de cohesión» y lo que ahora se necesita, precisamente, es «una política de mayor coordinación y claridad». Los problemas, a su parecer, revelaban una «debilidad de la Comisión Ejecutiva Federal más que del gobierno (aunque en algún aspecto también de este)», ya que «ni la CEF ni el gobierno constituyen hoy día un núcleo homogéneo de dirección política» y, por ello, «no es normal que se haga recaer sobre ti hasta el problema de la fijación del último precio agrario»<sup>37</sup>. Unas deficiencias de coordinación que Maravall centrará, sobre todo, en relación con las Comunidades Autónomas, ámbito en el que destacaba la ausencia de claridad. Aunque, para él, los verdaderos problemas eran los de poner orden, en la línea de la LOAPA, aprobada en junio de 1982 mediante un pacto entre el PSOE y la UCD, debido a «que las Comunidades Autónomas del 143 no tienen apenas competencias ni gestión y no acaban de tener claros los límites de su acción». Este desorden se manifestaría, a su juicio, también «en el descontrol de las economías autonómicas, algo que afecta a la economía nacional y, además, genera desigualdades interterritoriales». Por lo que, concluye, «estoy totalmente de acuerdo con la línea de poner orden a la asunción de competencias y llevar a cabo el proceso de manera racional»<sup>38</sup>. Maravall

---

<sup>36</sup> Carta de 22-3-1984.

<sup>37</sup> Según él, no había ni tan siquiera informes políticos escritos del Gabinete. Aunque carga más aún contra la Comisión Ejecutiva Federal: «La CEF sale de su estado de “encefalograma plano” cuando apareces y realizas una de tus largas y absolutamente convincentes intervenciones», pero «el Gobierno parece, con demasiada frecuencia, un Consejo de Administración de empresa», de modo que «parece estar desorientado, por detrás de los acontecimientos, sin nervio». Carta de 22-3-1984.

<sup>38</sup> Carta de 22-3-1984.

defendería, asimismo, controlar e incluso rectificar algunas de las políticas que determinadas Comunidades Autónomas habían puesto en marcha, incluyendo lo que él llamaba «componente ético», relacionado fundamentalmente con la fijación de sueldos de los altos cargos.

Sin embargo, alternará la crítica más cruda con otros párrafos en los que se muestra optimista, confiando en superar los problemas que ya había sufrido el gobierno de UCD —al que Maravall acusa de «haberse asustado, paralizado y destruido»—, postulando que el gobierno podía recuperar la iniciativa. La zozobra por los problemas de coordinación le causó incluso cierta «angustia personal». De este modo, demandaba, por un lado, una visión por objetivos como elemento de unidad y lealtad en el partido, «más que las relaciones de poder y el clientelismo político»; y, de otro, una visión de conjunto que superase la dinámica de «cada cual, en su nicho, en la sala de máquinas, con las orejeras puestas». Para su puesta en práctica, le propondrá a González una reorganización del gabinete ministerial, para *politizar* al gobierno, reclamando la posibilidad incluso de celebrar Consejos de Ministros ampliados a los secretarios de Estado. En definitiva, instaba a no ocuparse tan solo de la composición del gobierno, sino también de su estructura y de su funcionamiento, mientras que clamaba contra la excesiva atención a los ritmos de la administración, «deberíamos desburocratizarnos un poco, echarle imaginación y tomar el pulso de la calle», para que «el gobierno recupere una mayor presencia ciudadana y social, haga más política, reflexione más, incluso coordine más la línea política» y trabaje con más planificación, sobre todo en lo que respecta a la financiación<sup>39</sup>.

En relación a la política social, Maravall creía que había demasiados «temas de Estado», pero «yo creo que lo que gente espera fundamentalmente de ti» es, en particular, «esa preocupación, ese humanismo, esa atención»<sup>40</sup>. Un intelectual le dice al presidente que la gente espera de él, ante todo, humanismo social. Un gobierno como el de Felipe González, sostiene, debería establecer unas líneas claras en política social, que lo diferenciarian netamente de la derecha. Es entonces cuando le recuerda a González que el control de la inflación y las mejoras en la competitividad no podían ocultar que el paro se había incrementado en unas cuatrocientas mil personas, al igual que se había disparado el tráfico de heroína.

---

<sup>39</sup> Carta de 9-7-1986.

<sup>40</sup> Escribe en la Carta de 22-3-1984, añadiendo que «hemos estado lejos de expresar suficiente sensibilidad social».

Por consiguiente, «los temas de Estado deben acompañarse, por razones *diferenciales*<sup>41</sup> y, sobre todo, por razones de profunda y larga injusticia histórica, de una atención preferente por los derechos ciudadanos y por la igualdad de oportunidades». Es lo que Maravall defiende como clave en lo que denomina *Proyecto a 25 años*. A partir de entonces, redoblará sus apelaciones a la justicia y a la educación como las «áreas clave», dentro de lo que denomina «grandes coordenadas de la socialdemocracia europea» que, a su entender, son los derechos sociales y la igualdad de oportunidades. En su faceta más académica, por otro lado, no dejará de señalar que «la socialdemocracia ha producido siempre una mayor apertura y permeabilidad en el sistema de estratificación», porque «no es tanto un problema de recursos cuantitativos cuanto de sensibilidad»<sup>42</sup>.

Tras la nueva victoria, en las elecciones del 22 de junio de 1986, aunque con la pérdida de dieciocho escaños, Maravall insistiría, apenas unos días después de la jornada de votación, en «hacer más política, mantener un contacto más continuo con la gente». Como había hecho en los años precedentes, abundará en la necesidad de hacer más política y recuperar la seña de identidad de la política social, de la sensibilidad humanista. Muy preocupado por la perspectiva, a su entender deplorable, de aparentar indiferencia ante el sufrimiento humano y social, escribirá que «los símbolos reflejan una sensibilidad y son parte conformadora de la cultura política». Y, a continuación, señala los objetivos prioritarios, para esa segunda legislatura, de nuevo con mayoría absoluta. Estos serían, en sus palabras, «incrementar la modernización y la mejora de la competitividad», porque no se puede «redistribuir pobreza»; continuar con la autonomía del gobierno ante el resto de poderes fácticos o de la sociedad civil, lo que Maravall llamará «*constitucionalizar* la estructura social y política de España»; así como la extensión de la ciudadanía social, un aspecto vital, a su juicio, particularmente centrado en la educación y en las oportunidades para los jóvenes, lo que él denomina «bienestar e igualdad», esto es, «aquello que la alternativa de la derecha, por muy civilizada y racional que pueda ser, no atenderá nunca».

Estas políticas, de bienestar social y de educación, eran las que pedía priorizar para la nueva legislatura, a través de la mejora de las pensiones más bajas, la asistencia para quienes no habían cotizado y al cinco

<sup>41</sup> En cursiva en el original, en todos los casos.

<sup>42</sup> Carta de 30-7-1984.

por ciento de las personas no cubiertas todavía por el sistema sanitario, cuyo gasto, este último, estimaba en unos treinta mil millones de pesetas, cuando «cualquier autopista en quiebra nos ha costado más del doble». Además, volverá a insistir en la necesaria convergencia entre las políticas de educación y las de empleo. En resumen, sintetizaría sus recomendaciones para la segunda legislatura en tratar de «crear las condiciones para una futura ciudadanía más plena, simplemente disfrutar más los diez años como mínimo de estudios que son años claves en la vida de cada individuo, luchar contra los privilegios, promover la igualdad de oportunidades, construir una sociedad más *abierto*, aumentar la densidad cultural del país, constituir un complemento esencial para la política de empleo, invertir en capital humano y por tanto en la capacidad competitiva de España»<sup>43</sup>.

#### 4. El laberinto de la OTAN: ¿de entrada, no?

Sobre la crisis derivada de la relación con la OTAN, Maravall comenzó mostrando serias reticencias, al juzgar que el atlantismo se fundaba en una relativa falacia, era costoso políticamente y su vinculación con las Comunidades Europeas no encontraba mucha receptividad<sup>44</sup>. Que este asunto iba a resultar muy controvertido lo supo muy pronto, «también antes del verano de 1982, porque me lo dijo Felipe: “José Mari, nos vamos a tener que tragar lo de la OTAN”, porque estábamos ya dentro. Y no lo habíamos discutido en el partido»<sup>45</sup>. Efectivamente, el 30 de mayo de 1982, con Leopoldo Calvo Sotelo como jefe del gobierno, España se había convertido en el miembro número dieciséis de la Organización del Tratado del Atlántico Norte. En aquella tesitura y para poder abordar este tema tan espinoso, tanto en el seno del partido como de la izquierda en general —«porque Felipe tenía mucha confianza en mí y me dijo, “como tú sabes tanto de esto” y éramos muy amigos», se justifica—, pues «no se le ocurrió otra cosa sino decirme que fuera, como una suerte de embajador informal, a Noruega, Holanda, Bélgica y otros países a convencer a los gobernantes de turno para que aplazaran en sus Parlamentos la ratificación de la entrada de España, porque los socialistas españoles iban a ganar las

---

<sup>43</sup> Carta de 9-7-1986.

<sup>44</sup> Ver Carta de 22-3-1984. También en Maravall, 2008, pp. 71-72.

<sup>45</sup> Entrevista 17-1-2020.

próximas elecciones e iban a tomar una serie de medidas que iban a hacer más difícil la posición de la OTAN». Desde esta perspectiva, «el mensaje era que esperaran al resultado de las elecciones. Era el momento de máxima tensión, por el despliegue de los misiles SS-20 y de los Pershing, por lo que los tres países estaban con problemas al respecto. Hice el ridículo», concluye<sup>46</sup>.

El vicepresidente Alfonso Guerra defendió entonces que, bajo su punto de vista, España no debía permanecer en la OTAN; declaraciones que fueron refrendadas, días más tarde, por los ministros de Cultura, Javier Solana, de Educación, Maravall, de Sanidad, Ernest Lluch y de Obras Públicas y Urbanismo, Julián Campo<sup>47</sup>. Sin embargo, muy poco después, Maravall irá cambiando paulatinamente de opinión<sup>48</sup>. De hecho, y para complicar aún más las cosas, Maravall confesará que «las presiones respecto de la OTAN no provenían solamente de, supuestamente, Helmut Kohl o de la entrada de España en las Comunidades Europeas. No. Provenían del Pacto de Varsovia», al cual «se le abrían las carnes pensando que un miembro de la OTAN iba a organizar un referéndum», lo que podría suscitar, por ejemplo, que «Hungría quisiera organizarlo después. Pues sobre estas cosas no se hablaba en ninguna parte. Ese vacío de reflexión política —prosigue—, en política exterior o en política interior, existía. No era un problema político porque Felipe lo tenía todo en la cabeza. Pero el resto no»<sup>49</sup>.

Así pues, en primera instancia, Maravall creía que no tenía sentido convocar un referéndum, por varias razones. La primera de ellas, porque no existía ninguna «alternativa válida» a la permanencia en la OTAN<sup>50</sup>, haciendo gala de nuevo del pragmatismo estratégico<sup>51</sup> que inunda todos

<sup>46</sup> Entrevista 17-1-2020.

<sup>47</sup> «Alfonso Guerra reitera que España no debe permanecer en la OTAN», *El País*, 17-7-1983; y «Los ministros Solana, Maravall, Lluch y Campo coinciden con Guerra en que España no debe permanecer en la OTAN», *El País*, 20-7-1983.

<sup>48</sup> Ver Carta de 22-11-1985. Para las decisiones adoptadas por el gobierno socialista en torno a la permanencia en la OTAN, el referéndum y las negociaciones posteriores, Viñas, 2003, pp. 471-510; y Pereira, 2015, pp. 203-236.

<sup>49</sup> Entrevista 17-1-2020.

<sup>50</sup> Otros líderes del Partido y del Gobierno, como Joaquín Almunia, 2001, p. 193, creían que «si España hubiese tenido que abandonar la Alianza Atlántica, habría corrido un serio riesgo de caer de nuevo en la introspección y el repliegue sobre sí misma, alentando las expectativas de los involucionistas».

<sup>51</sup> El mismo pragmatismo propio de Felipe González, tal como señalan Soto y Mateos, 2013, pp. 486-487, cuando afirman que «el principal recurso estratégico del partido socia-



sus escritos; pero también porque los cambios de postura del gobierno habían sido ya los suficientes como para que el referéndum careciera de valor ante la opinión pública y porque, ante una campaña que «reforzaría prejuicios tradicionales, en buena parte emotivos más que racionales». Solo se conseguiría, insiste, agudizar viejos «prejuicios arrastrados de antiguo por amplios sectores de la sociedad española y debilitaría el apoyo al gobierno en sectores que han sido en una proporción muy elevada simpatizantes del Partido Socialista». Además, no dejaría de señalar que la celebración del referéndum propiciaría una oportunidad para todas las fuerzas situadas a la izquierda del PSOE que, con el mismo, iban a disponer de un «banderín de enganche que vendría a unificar grupúsculos de extrema izquierda», ante un PSOE, que «se encontraría solo». Y es que, como ha subrayado el profesor Abdón Mateos, «las izquierdas españolas tuvieron en la cuestión de la seguridad internacional una de las últimas batallas de la Transición»<sup>52</sup>. Finalmente, el entonces ministro de Educación asumiría que la única salida para no convocar el referéndum era convocar las elecciones, lo que él denominaba «minimizar las pérdidas entre dos opciones malas». Porque, según confiesa, se había ido, al mismo tiempo, «convenciendo cada vez más de la necesidad de hacer el referéndum». Las razones que aduce vuelven a ser pragmáticas<sup>53</sup> y, en particular, de credibilidad del sistema, argumentando que, de acuerdo a los estudios de opinión, el setenta por ciento de los españoles querían que se convocase, principalmente. Sin embargo, para llevar a cabo esa necesaria convocatoria, en pos de la credibilidad del sistema, exigirá a cambio «información y liderazgo». De nuevo, se trata de dos de los problemas axiales que atraviesan casi todas sus cartas: la débil comunicación gubernamental y el modelo de gestión ante las crisis. Por ello, expone, «creo que la gente pide información y creo que la gente pide liderazgo. Y la gente —prosigue— confía en el liderazgo que tú les proporcionas en esta materia. Ahora bien, la gente te exige que les consultes». Con todo, Maravall asume, en estas reflexio-

---

lista a lo largo de su primera etapa de gobierno no fue tanto su liderazgo, por más que estamos hablando de uno de los políticos españoles más cualificados del siglo XX, como la habilidad de su líder para ocupar una posición central en el espectro ideológico, aprovechando el vacío dejado por la desaparición de la UCD».

<sup>52</sup> 2016, p. 13.

<sup>53</sup> Una versión, desde la óptica del periodista Javier Pradera, en Gracia, 2019, p. 489, donde se describen «las tensiones indisimuladas de una izquierda en el poder vertiginosamente aclimatada al realismo político, pero sobre todo incapaz de asumir de forma pública las razones de su cambio de criterio».

nes, que el hecho de que no existiera, en ese momento, una alternativa al PSOE no significaba «una entrega incondicional», por lo que lo más importante era respetar los compromisos y aclarar, en este caso concreto, el alcance y sentido del referéndum.

Como ya se ha circunstanciado, Maravall no se limitó en su correspondencia a señalar los problemas y reflexionar sobre ellos, sino que en ocasiones tomaba partido y ofrecía propuestas de actuación concretas, como hará, por ejemplo, al afirmar que «el referéndum lo debemos y lo podemos ganar: la cuestión es ponernos a ello». Algo que, a su juicio, era muy factible conseguir y que, a la postre, supondría varias cosas: ratificar la posición de España en materia de seguridad y defensa, «asegurándola de vaivenes electorales», hacer coincidir el voto del Parlamento con la «posición del pueblo español», para «reforzar la credibilidad de los partidos políticos, del gobierno y del presidente del gobierno», así como «fortalecer al Partido Socialista frente a la izquierda y a la derecha» y romper los «prejuicios vinculados al aislamiento de España»<sup>54</sup>. «Para mi horror», diría más adelante Maravall, «Felipe leyó *mi enfática carta* ante el Consejo de ministros»<sup>55</sup>. Finalmente, el rompecabezas se saldaría, como es sabido<sup>56</sup>, con la celebración del referéndum, en el que el gobierno defendió la permanencia, aunque con la promesa de que España se situaría fuera del mando militar integrado, la retirada de tropas de las bases militares estadounidenses y la no nuclearización.

## 5. La división interna del PSOE: renovadores contra guerristas

La propia situación interna del Partido Socialista Obrero Español fue otro de los asuntos más recurrentes en las cartas de Maravall<sup>57</sup>. Así, tras las elecciones locales y autonómicas del 10 de junio de 1987, volvería a quejarse<sup>58</sup> de la ausencia de análisis, tanto en el gobierno como en el

---

<sup>54</sup> Todas las referencias, en Carta de 22-11-1985.

<sup>55</sup> En Iglesias, 2003, p. 62.

<sup>56</sup> Véase Lemus y Pereira, 2003, pp. 517-538.

<sup>57</sup> Trataría este asunto con especial severidad en su obra *El control de los políticos*, 2003, pp. 35-36, subrayando «su creciente rigidez organizativa, su incapacidad para transmitir información, su falta de crítica interna y la opacidad de su funcionamiento resultaron perjudiciales, tanto para el Gobierno como para los intereses a largo plazo del propio partido».

<sup>58</sup> Carta de 8-7-1987.

partido. Se trataba de lo que él denominaba «incapacidad notable» para afrontar el primer retroceso electoral claro sufrido por el partido, desde las elecciones legislativas de 15 de junio de 1977, las de la legislatura constituyente. Un paso atrás que achacaba a la crispación social, «irracionalidades sectoriales con impacto en la sociedad en general», a «la hostilidad generalizada de los medios de comunicación» y, de nuevo, a la situación de luchas internas en el seno del partido, un microcosmos, a su parecer, «bastante tenso, que ha perdido mucha cohesión, con bastante desconcierto interno»<sup>59</sup>.

Pero volverá, una vez más, a ser optimista, tras el análisis de los resultados adversos, «pero no desastrosos». Primero, porque se abría otro ciclo político, «después del horroroso año de la OTAN, las elecciones a Galicia y a Euskadi, las elecciones generales y estas», que debía durar hasta 1990, según sus estimaciones; segundo: porque los resultados de 1982 habían sido ciertamente el fruto de unas circunstancias históricas excepcionales y, por lo tanto, debían establecerse criterios de razonabilidad y realismo en los nuevos objetivos; y tercero, porque la fragmentación del sistema y la creciente abstención provocaban que nadie ganara las elecciones con rotundidad, «que las ganemos y a la vez las perdamos nosotros», apuntaba. Además, añade una causa más, en sus observaciones, al advertir del reforzamiento de los localismos y de los regionalismos asociados a la derecha y que, para él, reflejaban un «populismo egoísta y crispado» que, tras haberse manifestado por medio de movimientos sociales, cobraba vida territorialmente en forma de fuerzas políticas.

Para Maravall, el incipiente desgaste, al que se enfrentaban tanto el gobierno como el partido, tenía unas causas muy determinadas. La OTAN seguía figurando como primera causa, con un «terrible coste», porque «la gente ha acusado lo mucho que forzamos la situación... y nos cree ya menos, se deja conducir menos». Y, después, le seguiría el trasfondo de los enfrentamientos que, tanto el gobierno como el partido, habían tenido con la UGT. Unas relaciones que Maravall describía como «de franca hostilidad» y a las que imputaba «el origen de una buena parte de la pérdida de credibilidad».

La frustración que se estaba generando, en algunos sectores de la sociedad española, por el ritmo lento de los cambios prometidos y de la aplicación de las políticas sociales —que Maravall atribuía a unas expectati-

---

<sup>59</sup> Maravall, 2003, pp. 34-35.

vas «sin duda exageradas» —, provocaron en él un renovado impulso para pedir, una vez más, a Felipe González una reacción contundente y rápida. A pesar de que afirma, «con tristeza y pesar», que «los recursos son escasos, muy escasos», subraya que «las cosas no pueden seguir así». En consecuencia, pide una acción inmediata, combinada con una reflexión de carácter sociológico y con el análisis acerado y muy crítico con respecto a la comunicación y coordinación del gobierno. Y mezcla ambas cuestiones, porque cree que en España no existía en aquel momento «una cultura de la solidaridad, de la compasión», lo que impedía que pudiera haber un discurso social, sustituido, en su opinión, por «la crispación gremial o local». Sin embargo, añadirá, el gobierno «prácticamente no ha tenido discurso político», lo que agravaba la situación de crisis de autoridad ante la sociedad; una tesis que juzgaba directamente relacionada con la escasa cultura democrática existente todavía en esos momentos en España.

En su análisis, por añadidura, también mencionará otros factores que habían originado el desgaste en las urnas, tales como la ausencia de un modelo autonómico y la falta de responsabilidad institucional de los medios de comunicación, a quienes llega a acusar de «falta de preocupación con la democracia, indiferencia ante los riesgos de irracionalidad en el sistema político y deslegitimación de las instituciones». Aunque no se olvida de mencionar, tampoco, el débil funcionamiento de la administración y el agotamiento de la maquinaria gubernamental que expresa con un concluyente «el gobierno no tira». Las conclusiones, a su entender, son claras: la reacción la debe liderar el mismo Felipe González, mediante una clara renovación en la acción de gobierno pero, sobre todo, en el seno del partido y orientarse en tres aspectos cruciales: personas, objetivos y lenguaje.

En este sentido, dedicará la parte final de su carta de 8 de julio de 1987 a pedir una reacción encaminada a recuperar posiciones de poder y de dirección en el seno del PSOE. «Has cedido mucho terreno», llega a decir, por lo que le impele a reorientar la política del gobierno desde unos criterios *renovadores*, lo que dejaría su impronta indudable en las decisiones posteriores que Felipe González impulsó, especialmente en lo que se refiere a la gestación de una nueva mayoría interna, alternativa a la hasta entonces imperante, controlada férreamente por el vicepresidente y vicesecretario general Alfonso Guerra<sup>60</sup>.

---

<sup>60</sup> Ver tesis similares a las de Maravall, en Almunia, 2001, pp. 299-357.

Maravall cuestiona la capacidad y los métodos de Guerra en esta dura carta, como no había hecho en las anteriores, hasta el punto de que llega a dudar de que el Congreso del PSOE, que se celebraría al año siguiente, sirviera para algo. Su visión y descripción no podía ser más negativa, pues observaba un partido con «pobreza ideológica y política», con «guardias pretorianas», con «mucho mafia y pocos principios», al tiempo que anticipa los cambios que habría de producirse, finalmente, en los congresos de 1991 y, sobre todo, de 1994<sup>61</sup>.

En su propedéutica, lo que procedía era desarrollar «un trabajo largo, pesado, pero que creo fundamental, porque el partido es el instrumento más importante para la política socialista y el partido, lo que hay de él, está en una situación lamentable». Y sentencia, por otro lado, que «las peleas internas han sido, son y serán nuestro peor enemigo». Además, censura la escasa accesibilidad al líder socialista, de modo que «casi nadie se atreve a decirte nada por el respeto y la inhibición que la gente siente. Y después, te entrega toda la responsabilidad. La capacidad de reacción depende de ti, tanto en la línea política, como en el gobierno como en el partido». Para llevarla a cabo, en definitiva, le incita a que utilice de nuevo su capacidad de liderazgo, diagnosticando el problema central en el aserto, directo y sin tapujos, de que «estás demasiado solo» ejerciendo el liderazgo.

El resultado electoral de 10 de junio de 1987 le servirá para pedir, nuevamente, a González que tome la iniciativa. Para ello, «tenemos que sacudirnos a nosotros mismos y tú debes llevar a cabo la renovación a fondo en el gobierno y debes impulsarla en el partido». Asimismo, debería impulsar la ansiada «renovación a fondo de personas, objetivos y lenguaje», para que «haya un gobierno que gobierne», con firmeza y autoridad y afrontando las reformas y políticas pendientes, que él concreta en la educación, la sanidad, la justicia y las problemáticas específicas de la juventud. Maravall, finalmente, solo confía en una solución para todos los problemas, una idea y un plan para afrontar los retos que se plantean, a la que confiere plena fiabilidad y posibilidades de éxito, el liderazgo renovado en torno a la figura de Felipe González, a quien dice que «tienes una influencia, una capacidad de liderazgo, un poder legítimo y encarnas unas razones que desde luego te sitúan en condiciones más que adecuadas para orientar el partido por añadidos rumbos de razón y por reconducidas for-

---

<sup>61</sup> Ver Maravall, 2003, p. 41.

mas de poder, para relanzar al gobierno en un trabajo de fortalecimiento de la democracia y de transformación de la sociedad que dé confianza y esperanza al país»<sup>62</sup>.

De hecho, según refiere Maravall, desde 1989, al menos, «Felipe se sentía muy atrapado en la Moncloa». Durante la campaña de las elecciones de octubre de aquel año le había confesado a la periodista Susana Olmo (1951-2011), redactora jefe de Política de la agencia Colpisa, que aquella iba a ser «su última campaña electoral». Estas declaraciones abrieron la caja de los truenos dentro del partido. Felipe González, según su propio testimonio, se sentía entonces «muy atrapado en la Moncloa y se quejaba mucho del aislamiento, del síndrome de la Moncloa, de que le daban ganas de salir corriendo»<sup>63</sup>. Al respecto, Maravall redactaría entonces un documento titulado *Cuánto tiempo es mucho tiempo*<sup>64</sup> en el que, haciendo un balance de su trayectoria durante veinte años (1969-1989), señalaba que, «desde el primer momento, Felipe González vivió una tensión fuerte entre gobernar y vivir. Una vez declaró que si tenía que haber sido “un joven viejo” se reservaba ser “un viejo joven”. En una entrevista de 1987, tras cinco años en el gobierno, declaraba “Yo no tengo vocación de ser presidente del gobierno... Entre mis horizontes vitales nunca ha estado, por vocación, ocupar la presidencia del gobierno”». Así pues, «detestaba eternizarse en el poder», puesto que «ello significaba vivir una vida solitaria, aceptar una distancia respecto de todos que difícilmente aguantaba» y de la que declara «estar aburrido y entender que todos deben estar aburridos».

En 1989, tras unos años tumultuosos al frente del ministerio de Educación, por sus discutidas reformas en la Universidad y la enseñanza media, Maravall decidió volver a lo que llamaba su *estado natural*, la docencia. De hecho, «con Felipe había pactado mi salida desde mucho tiempo antes, al menos desde después de las generales de 1986». En aquella tesitura, decide trasladarse a Estados Unidos, para trabajar en la New York University, rechazando previamente la oferta de ocupar la cartera de Exteriores: «Le dije entonces que no, porque no me interesa. Y él me replicó: “pero si tú admiras mucho a Tony Crosland, el ministro británico de Exteriores”. Y le dije: “bueno, pero antes había sido ministro de Educación durante muchos años. Había sido un buen ministro de Educación. Le ofre-

<sup>62</sup> Todas las referencias en Carta 8-7-1987.

<sup>63</sup> Entrevista 17-1-2020.

<sup>64</sup> Accesible en <https://www.fundacionfelipegonzalez.org/cuanto-tiempo-mucho-tiempo/>

cieron la cartera de Exteriores y se murió a los tres meses, ¡qué mal me quieres!»), concluye su relato entre risas. «Total que me fui y él me dijo que también se iría»<sup>65</sup>.

A su regreso de Nueva York, en 1990, se encuentra con el desencadenamiento de la crisis del partido. En sus propias palabras, «ese verano Jorge Semprún hace unas declaraciones más que explosivas en *El País*, en las que habla del largocaballerismo vergonzante que hay en el partido, encarnado por su vicepresidente» y, desde luego, «con esas declaraciones era obvio que se iba a producir una crisis de gobierno»<sup>66</sup>. El 29 de julio el ministro de Cultura, Jorge Semprún, afirmaría en una entrevista para *El País* que en el PSOE existe una corriente a la que, más que guerrista, calificaría como «oportunista de izquierdas. Oportunista en el sentido de que, sin una línea clara, tiene la tentación de situarse siempre retóricamente a la izquierda de la izquierda, con rasgos populistas y demagógicos. Al margen de quién la personifique, esa corriente es una tradición en el partido»<sup>67</sup>. De hecho, en palabras del propio Semprún, la socialdemocracia de Felipe González y Maravall había significado históricamente «un viraje hacia la realidad desde antes de la toma del poder, y no un viraje hacia la derecha», como se le acusaba insistentemente desde los sectores más a la izquierda<sup>68</sup>.

Fue entonces cuando González le ofreció a Maravall ocupar el ministerio de Cultura, a lo que —según su testimonio— se opuso rotundamente: «¿Por qué no? Porque Semprún era un gran ministro de Cultura y yo soy un desastre», explica. En este momento, además, le advirtió al presidente que debía «evitar que Guerra monte una conspiración en Madrid, porque va a por Leguina», recordando que «acaban de descabezar a Pepote en Andalucía» y «tenemos un principio, que es sagrado en nuestra política, que es el que el partido no puede descabezar a cargos orgánicos elegidos por el pueblo». De hecho, después del verano, la tesis que Maravall defendería en la Ejecutiva es la de «reglas iguales para todos y todos subordinados al principio de que desde el aparato no se puede socavar la posición de cargos públicos»<sup>69</sup>.

---

<sup>65</sup> Entrevista 17-1-2020.

<sup>66</sup> Entrevista 17-1-2020.

<sup>67</sup> Entrevista de Jesús Ceberio a Jorge Semprún, «Ministro de Cultura. Este Gobierno discute poco de política», *El País*, 29-7-1990.

<sup>68</sup> Semprún, 1996, p. 72.

<sup>69</sup> Entrevista 17-1-2020.

Pero será, sobre todo, en la carta enviada el 15 de septiembre de 1990 cuando hace patente ese «ya más que malestar», esas «disensiones que son serias». Porque será entonces cuando la profunda brecha que se había ido fraguando entre el número uno y su número dos, entre Felipe González y Alfonso Guerra, impregne a toda la organización y se torne, en cuanto a crisis interna, como una realidad constante en el devenir y en la acción del gobierno y del PSOE. Tal era la situación de enfrentamiento existente entre ambos dirigentes socialistas, que escribirá a González instándole a «luchar frente a los riesgos de un excesivo imperio del poder», o «frente a tendencias sectarias y brotes paranoicos». Maravall denunciaba así, en una clara alusión al poder entonces detentado por el vicesecretario general del PSOE, que lo que se buscaba por este era «no solo tener más poder que nadie sino todo el poder», mientras que, lo que convenía, en sus palabras, era un partido «integrador, plural, unido en la lealtad, que sume y no excluya».

Además de estos conceptos y teorías, que Maravall enumeraba a propósito de una crisis que había surgido en la Federación Socialista Madrileña (FSM), durante el verano de 1990, esgrimía algo más que una lucha de poder. También describía un panorama en el que «el partido quiere mandar más sobre el gobierno, el aparato quiere recalcar el carácter *interino* de los cargos públicos y su carácter desechable», razón por la que, según él, el PSOE era diferente al resto de los partidos socialistas europeos, «al seleccionar a los cuadros más por lealtad o sumisión que por mérito, capacidad o valía». Las dimensiones de la crisis en ciernes —que ocuparía buena parte de la década de los años noventa en la vida interna del PSOE— encuentra en esta carta de Maravall un ejemplo de, como él mismo escribe, «un dolor personal muy profundo, porque era el dolor del engaño». Esto es así porque, además de las filtraciones y declaraciones en prensa por parte de varias de las personas afectadas, algunas de las cuales se producían en severas y gruesas descalificaciones, o de las distintas reuniones convocadas por los distintos sectores en liza, Maravall detectaba algo más concreto: el germen de la división y del enfrentamiento, de la lucha encarnizada por el control del poder del partido, ante lo que él apenas encuentra unas palabras de resignada esperanza, de modo que «ojalá que podamos contribuir entre todos a reconsiderar qué está pasando entre nosotros en el partido»<sup>70</sup>.

---

<sup>70</sup> Sin embargo, en sus memorias, Alfonso Guerra, 2006, p. 375, se refiere a los momentos previos del XXXII Congreso del PSOE, celebrado en noviembre de 1990, al que denomina como «el de la fractura», como un momento en «el que el escenario político que



De hecho, Maravall señala que «a partir de 1991 la escisión del partido y gobierno fue tremenda y la descoordinación, completa. Hasta el punto de que, cuando Felipe convoca las elecciones de 1993, las convoca porque el grupo parlamentario, con conocimiento del partido, presenta en el Parlamento una ley de huelga que no conocía el gobierno. Y era una ley de huelga totalmente inadmisibles, a iniciativa de Eduardo Martín Toval. Por eso se produce la sustitución de Martín Toval por Carlos Solchaga. Por eso el desconcierto...»<sup>71</sup>.

En medio de esta vorágine, José María Maravall todavía tendría ocasión de prestar un último servicio a la causa socialista, asumiendo un puesto clave en la campaña electoral de 1993 y, muy en especial, en la coordinación del segundo debate televisivo. Por lealtad personal, aceptó entonces su nombramiento como miembro del comité estratégico electoral. Así pues, en la reunión de la Ejecutiva, Felipe dijo «quiero que el responsable de mi campaña personal sea José María, porque en el pozo ya no queda agua... En esta situación y siendo Felipe mi amigo tenía que decir que sí. Era obvio». Eso sí, tras haber rechazado el nombramiento como ministro de la Presidencia: «Había ido a una exposición en el Reina Sofía con Narcís Serra. Y, a la salida, nos encontramos con Antonio López, el pintor. Nos sentamos a tomar una copa. Y Narcís me dice: “Eres imposible, ahora dices que no al ministerio de la Presidencia”. Y yo le digo: “Porque la opinión que tengo de mí como político es nefasta”. Eso le produjo la risa a Antonio López: “Es la primera vez que oigo a un político calificarse así”»<sup>72</sup>.

Las tareas de la campaña electoral le apasionaban. «El ejercicio del poder era un paréntesis —llegaría a decir— para disfrutar de lo mejor que, para él, tiene este compromiso público: las campañas electorales»<sup>73</sup>. Así, redactó un *Manifiesto de intelectuales en apoyo de Felipe González*, puesto que «ya no puede ser en apoyo del partido. Y es como lo saca *El País*, «Manifiesto de intelectuales a favor del presidente». Le escribí

---

se inauguraba poseía un olor cesarista que hacía dudar sobre el futuro de la democracia interna del partido». Por su parte, Carlos Solchaga tuvo una percepción bien distinta. Así, en su *Diario*, 2017, p. 536, escribe «me doy cuenta de que el congreso dejará las cosas como están o peor».

<sup>71</sup> Entrevista 17-1-2020.

<sup>72</sup> Todas las referencias en Entrevista 17-1-2020.

<sup>73</sup> Entrevista de Juan Cruz a José María Maravall, «Me gusta demasiado estar en la oposición», *El País Semanal*, 13-7-2013.

el discurso del Premio Carlomagno. Le hacía las intervenciones en los mítines...». Fue, asimismo, con Felipe González en su desafortunado viaje electoral a las islas Canarias: «Volvemos y se produjo un problema de descompresión del avión, que se ha contado un millón de veces. Tuvimos que dar media vuelta. Llegamos a Madrid a las cuatro de la mañana. Y tenía su primer debate con Aznar al día siguiente. Fue una catástrofe». Hasta tal punto que «me dijo Felipe: “¿Cómo has visto el debate?”. “Bueno, hay días en que uno está mejor y otros en los que está peor”. Y me dice: “José Mari, fue un desastre. Esta tarde empezamos a preparar el segundo”». Y así fue, efectivamente «ensayaron el debate mil veces. Catorce intervenciones de minuto y medio. “Lo que tienes que hacer —le recomendó— es ajustar cada intervención milimétricamente y ser muy punzante, muy directo y llevar siempre la iniciativa y terminar siempre cada intervención tuya con una pregunta. Lo hemos ensayado mil veces. Atente a tus catorce malditas fichas”»<sup>74</sup>.

La campaña del 93 concluiría con una nueva e inesperada victoria del PSOE. «Después de las elecciones —refiere Maravall— me despedí en Moncloa de Carmen y Felipe. Tenía una invitación de la Universidad de Columbia para dar un curso». Los conflictos, pese a todo, siguieron en la Ejecutiva. Los guerristas acuñaron, entonces, el calificativo de los «renovadores de la nada». Este sería, precisamente, el argumento que utilizaría José María Maravall para anunciar, en *El País* de 14 de marzo de 1994, su retirada definitiva de la primera línea política, proclamando que «la renovación bien entendida empieza por uno mismo. Hace quince años que entré en la Ejecutiva. El cambio es también cuestión de personas»<sup>75</sup>.

---

<sup>74</sup> Entrevista 17-1-2020. También en Maravall, 2008, pp. 83-86.

<sup>75</sup> Entrevista de Juan González Ibáñez y José Miguel Larraya a José María Maravall, «XXXIII Congreso del PSOE. El PSOE tiene que dar una sacudida importante en su seno». En la entrada de esta entrevista, en la que anuncia su adiós a la política, es presentado como uno «de los dirigentes socialistas que siempre han pensado por sí mismos, y no han dejado de expresar sus ideas, orientadas por un reformismo socialdemócrata, aunque chocaran con el izquierdismo populista. El otoño pasado ejerció de profesor en Harvard, y ahora dirige cursos de doctorado en el departamento de ciencia política de la Universidad de Columbia. Hace nueve meses fue el asesor que González quiso tener más cerca en la campaña electoral. Maravall, de 51 años, dice haber optado por la influencia en vez de por el poder».

## 6. Epílogo

El epílogo a esta visión interior de la *década del cambio* no sería, sin embargo, obra epistolar del propio José María Maravall, sino de otro ministro, también muy cercano a Felipe González, Juan Manuel Eguiagaray Ucelay (Bilbao, 1945), responsable de Administraciones Públicas entre marzo de 1991 y julio de 1993, quien recogió el testigo de Maravall en las funciones de —siguiendo la categoría de Enrique Barón— *consejero áulico*. En esta función, precisamente, dirigiría a Felipe González varias cartas para expresar lo que él consideraba una «reflexión-desahogo»<sup>76</sup>, pues era muy consciente de que 1992 marcaba un punto de inflexión política y comenzaba un nuevo ciclo, cerrándose el que había tenido su inicio en 1982, la *década del cambio*. El desgaste había hecho mella y Eguiagaray lo sintetizaba argumentado que «tenemos un proyecto muy sólido, aunque amenazado de deterioro». En este sentido, añade y desarrolla algunos de los problemas del cambio contenidos en las siete cartas de Maravall. Uno de ellos es el propio partido, sumido en «creciente pérdida de empuje» y en una dinámica ya bastante importante de fraccionamiento confederal —con la preponderancia creciente de los famosos barones socialistas—, situación frente a la que Eguiagaray se quejará, tachando el discurso de los dirigentes territoriales como periférico, pues duda de que sepan comunicar de manera global y, quizá, tan solo se dediquen a «desflectar por territorios cada una de las cosas que hacemos».

Por otro lado, esa pérdida de empuje se debería a la incapacidad de los líderes nacionales para llevar adelante la tarea explicativa de la gestión del gobierno, pues el fin de ciclo era ya algo conocido —e incluso asumido— y había que ir preparándose «para los acontecimientos del futuro». Es decir, un partido a la espera, en el que, enuncia Eguiagaray, se está «pendiente del control interno, de contar votos, preparar futuras listas o condicionar futuras sucesiones». Como Maravall, se lanza a presentarle a González posibles soluciones, una «estrategia compensadora», lo llama él, que debía trazarse «con claridad y sin voluntarismos». Eguiagaray había asumido, inicialmente, como tantos otros dirigentes, la decisión de Felipe González, solo compartida con sus colaboradores más leales y cercanos, de que no iba a presentarse como candidato a la presidencia en las

---

<sup>76</sup> Carta de 5-4-1992, escrita después del debate sobre el estado de la nación. También disponible en la Fundación Felipe González.

elecciones generales de 1993. Ante esta situación de desencadenamiento de un virtual proceso sucesorio, le suplica al presidente que, al menos, debería permanecer en la secretaría general del partido, para asegurar así un proceso sucesorio ordenado y con éxito, y nunca dejar el poder «en manos de sus actuales detentadores». Por todo ello, Eguiagaray le propone un plan de acción política, que pasaba por un mayor protagonismo presidencial en la escena pública, para «explicar lo que hacemos» pero, concretando, con «firmeza y liderazgo»; asimismo, analiza también el cambio que se ha producido en el panorama de los medios de comunicación y se lamenta del escaso peso del partido y del gobierno a la hora de influir en la agenda mediática. Como ya había hecho Maravall, pide una reacción, en forma de «utilización de los resortes de que dispone el gobierno para condicionar algunas actitudes».

Tras las elecciones generales del 6 de junio de 1993, de nuevo, Eguiagaray escribirá a González<sup>77</sup>. En este caso, una nota titulada *Reflexiones después de la batalla*, en la que volverá a señalarle los problemas esenciales que, a su juicio, había que abordar de manera inmediata: el deterioro de la imagen pública, los escándalos de corrupción, la más que mejorable relación con los medios de comunicación, la pérdida de credibilidad y autoridad —que califica de ostensible— así como, y sobre todo, la consabida crisis interna, la lucha de poder en el seno del partido, con el subsiguiente intento de control por parte de la Comisión Ejecutiva de la acción del gobierno, algo que era público y notorio y que a la postre obligaba a Felipe González a «mantener un equilibrio precario». Esta realidad, para Eguiagaray, merecía la contundente reflexión de que «el partido, como organización política, hacía vacaciones en sus relaciones con la sociedad para contemplarse a sí mismo de modo obsesivo y hacer de sus cuitas internas el centro de la discusión política de cada día».

Como había hecho Maravall, Eguiagaray está instando a González a impulsar el cambio definitivo en la mayoría interna del partido, algo que ya había comenzado, tímidamente, en el Congreso de 1991 y que culminaría en el de 1994. Pero, quizá, es más claro y rotundo que Maravall, pues lo que Eguiagaray desea es que González asegure con su salida, de producirse, también la de Guerra, de modo que «si algún día decides pasar a la segunda fila en la vida del partido creo que el vicesecretario general debiera acompañarte», tal como finalmente sucedería en el Congreso

---

<sup>77</sup> Carta s/d 7-1993. Fundación Felipe González.

celebrado en 1997<sup>78</sup>. Según José María Maravall, el presidente, hasta entonces, «entendía que abandonar el cargo gozando de un apoyo mayoritario constituía un menosprecio a los ciudadanos; que dejarlo en momentos de crisis equivalía a huir». Finalmente, su salida se produciría «en un momento personalmente muy favorable», tras una derrota electoral por menos de trescientos mil votos en las elecciones de 1996<sup>79</sup>. De hecho, como ha puesto de relieve Abdón Mateos, «el ciclo del *felipismo*» no terminaría definitivamente hasta el año 2000 «con la llegada de José Luis Rodríguez Zapatero a la Secretaría General, cerrando unos años de transición en la sucesión del liderazgo con la imposible diarquía de Joaquín Almunia y Josep Borrell»<sup>80</sup>.

## 7. Conclusiones

En toda la correspondencia, y particularmente en la de Maravall, se ha constatado que la cercanía personal e incluso la amistad y el tono coloquial son realidades que sirven al propósito de los remitentes y de los historiadores: contar y transmitir una determinada visión de la realidad, ofrecer unas soluciones concretas y tratar de influir en el resultado final de la gobernabilidad y en la toma de decisiones políticas. En este sentido, en las cartas ha podido apreciarse, aunque nunca de manera explícita, el deseo de los emisores de acercarse al líder a lo que creían era la verdadera realidad, de conciliarlo con los hechos; es decir, las cartas serían una manera de sortear lo que, desde los tiempos del presidente Adolfo Suárez, se conoce como «síndrome de La Moncloa», en relación al gradual distanciamiento de los inquilinos de la sede oficial de la presidencia del gobierno español con la realidad del país que gobiernan.

Con todo, la línea predominante de las cartas está siempre guiada por un pensamiento estratégico y analítico, ligado a un profundo sentimiento

---

<sup>78</sup> Como es sabido, Felipe González ya había amagado con su retirada en anteriores ocasiones, aunque Alfonso Guerra lo considerara, en realidad, «una estrategia para consolidar su poder interno», porque, según él, su actitud «no era sincera... era un mecanismo para imponer algunas condiciones en la marcha de la organización», con el objetivo de «favorecer una alternativa que no pusiera en riesgo los privilegios de algunos sectores en medios económicos y de comunicación». 2013, pp. 110-111 y 132-133.

<sup>79</sup> «Cuánto tiempo es mucho tiempo». Documento disponible en <https://www.fundacionfelipegonzalez.org/cuanto-tiempo-mucho-tiempo/>

<sup>80</sup> 2020, p. 75.

de pragmatismo, en clara consonancia con el socialismo reformista que preconizaba el propio Felipe González. En definitiva, las cartas que han sido estudiadas y contextualizadas demuestran, sobre todo, cómo se imponen unos problemas comunes, constantes en los gobiernos democráticos occidentales que dominan los sistemas políticos de partidos desde la postguerra mundial y ante los que la reacción de los liderazgos cuenta con el soporte de los análisis y consejos de una suerte de consejeros políticos, ajenos al organigrama oficial e institucional de los mismos (de la presidencia en este caso), pero que sin embargo forman parte del gobierno y son influyentes y decisivos en numerosas ocasiones, bien sea a corto, a medio o a largo plazo y en varios ámbitos políticos y organizativos.

Para finalizar, se puede comprobar el efecto del desgaste provocado por el más que complicado ejercicio de la gestión, especialmente la económica, así como de la que puede ser calificada, sin ambages, como deficiente coordinación intragubernamental y entre gobierno y partido, especialmente en lo concerniente a las políticas de comunicación y en su deriva de luchas internas de facciones así como en los cambios que este efecto produce en la línea analítica e interpretativa del entorno más íntimo del líder y las consecuencias finales que de todo ello pueden derivarse. Unos enfrentamientos —no se olvide— que desembocarían en divisiones profundas.

Se han observado, así, tres grandes grupos de problemas: la gestión de la economía y de las cuestiones sociales por parte de los poderes públicos, la comunicación institucional y las luchas de poder. El problema de la economía y cómo afrontar la adecuada planificación de su redistribución social ocupaba, sin duda, el primer plano. Y es que, más allá de la resolución puntual de los hechos sobrevenidos, día a día, además de la propia rutina de la administración y de la gestión ordinaria —que con frecuencia arrastraba y paralizaba la iniciativa política, adormeciendo los proyectos ideológicos y programáticos—, constituyó uno de los asuntos que más preocupó a Maravall, quien alertaría reiteradamente de esta problemática a Felipe González, ante el temor a defraudar las expectativas generadas, sobre todo en materia de política social, a un sector muy amplio de la ciudadanía.

En cuanto a la comunicación política y su gestión, con elementos tan fundamentales como la coordinación, el discurso, la estrategia y el control de la narrativa, ocuparon también de forma considerable sus reflexiones. El sometimiento de la iniciativa política a la burocracia administrativa y la consiguiente incapacidad para marcar la agenda de comunicación fue

para Maravall — así también en opinión de Eguiagaray — uno de los principales problemas del gobierno durante su larga singladura.

Por otro lado, las luchas de poder en un partido con una vida interna muy intensa y convulsa, a lo largo de toda su historia, desde que se fundara en 1879, se constituyó como el problema, quizá, más acuciante y doloroso para los protagonistas, por cuanto que se prolongó en el tiempo y produjo, como corolario, la división irreconciliable entre varios dirigentes y facciones del partido, comenzando por sus números uno y dos, Felipe González y Alfonso Guerra, división que no se zanjaría hasta la renovación generacional y política que trajo el XXXV Congreso del PSOE, celebrado en el año 2000.

## Fuentes

Cartas de José María Maravall a Felipe González. Archivo Fundación Felipe González.

Cartas de Juan Manuel Eguiagaray a Felipe González. Archivo Fundación Felipe González.

Entrevista exclusiva de los autores con José María Maravall, 17-1-2020.

Hemerotecas:

*El País* (1976)

*El Socialista* (1886)

*La Vanguardia* (1881)

## Bibliografía

ALMUNIA, Joaquín, *Memorias políticas*, Madrid, Aguilar, 2001.

ANDRADE, Juan Antonio, *El PCE y el PSOE en (la) Transición. Cambio político y evolución ideológica*. Tesis Doctoral, Universidad de Extremadura, 2010. [Texto completo disponible en el repositorio de Teseo: <https://www.educacion.gob.es/teseo/imprimirFicheroTesis.do?idFichero=K9plyGYmUE0%3D>]

BOIX, Carles, *Partidos políticos, crecimiento e igualdad. Estrategias económicas conservadoras y socialdemócratas en la economía mundial*, Madrid, Alianza Universidad, 1996.

CRICK, Bernard, *En defensa de la política*, Barcelona, Tusquets, 2001.

GRACIA, Jordi, *Javier Pradera o el poder de la izquierda*, Barcelona, Anagrama, 2019.

- GUERRA, Alfonso, *Dejando atrás los vientos. Memorias 1982-1991*, Madrid, Espasa Calpe, 2006.
- GUERRA, Alfonso, *Una página difícil de arrancar. Memorias de un socialista sin fisuras*, Barcelona, Planeta, 2013.
- IGLESIAS, María Antonia, *La memoria recuperada. Lo que nunca han contado Felipe González y los dirigentes socialistas*, Madrid, Aguilar, 2003.
- JULIÁ, Santos, *Historia social/sociología histórica*, Madrid, Siglo XXI, 1989.
- LEMUS, Encarnación y PEREIRA, Juan Carlos, «Transición y política exterior (1975-1986)», *La política exterior de España*, Barcelona, Ariel, 2003, pp. 517-538.
- MARAVALL, José Antonio, *La Historia y el presente*, Madrid, UIMP, 1955.
- MARAVALL, José María, *El control de los políticos*, Madrid, Taurus, 2003.
- MARAVALL, José María, *La confrontación política*, Madrid, Taurus, 2008.
- MARÍN ARCE, José María, «Los socialistas en el poder (1982-1996)», *Historia y Política*, 20, 2008, pp. 43-71.
- MATEOS, Abdón, «La batalla de la OTAN en España. Un tardío ajuste ideológico», *Ayer*, 103, 2016, pp. 13-17.
- MATEOS, Abdón, «Historia del PSOE en democracia. Nuevas aportaciones sobre la etapa final del siglo XX», *Historia Actual Online*, 51, 2020, pp. 75-78.
- MÉNDEZ LAGO, Mónica, *La estrategia organizativa del Partido Socialista Obrero Español (1975-1996)*, Madrid, CIS, 2000.
- PARAMIO, Ludolfo, «Defensa e ilustración de la sociología histórica», *Zona Abierta*, 38, 1986, pp. 1-18.
- PARAMIO, Ludolfo y REVERTE, Jorge M., «Sin imaginación y sin principios. La izquierda durante el período constituyente», *Zona abierta*, 18, 1979, pp. 35-46.
- PEREIRA, Juan Carlos, «La política exterior democrática: Transición, consolidación e integración», *Historia de la política exterior española en los siglos XX y XXI*, Madrid, CEU, 2015, vol. 1, pp. 203-236.
- SCHULTE, Regina y TIPPELSKIRCH, Xenia, «Reading, Interpreting and Historicizing: Letters as Historical Sources», *Working Paper European University Institute*, HEC, 2004/2. [Accesible en [http://webdoc.sub.gwdg.de/ebook/p/2005/european\\_univ\\_inst/HEC04-02.pdf](http://webdoc.sub.gwdg.de/ebook/p/2005/european_univ_inst/HEC04-02.pdf)].
- SEMPRÚN, Jorge, *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Barcelona, Tusquets Editores, 1996.
- SOLCHAGA, Carlos, *Las cosas como son. Diario de un político socialista (1980-1994)*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017.
- SOTO, Álvaro y MATEOS, Abdón, *Historia de la época socialista. España 1982-1996*, Madrid, Editorial Sílex, 2013.
- TEZANOS, José Félix, *Historia ilustrada del socialismo español*, Madrid, Sistema, 1993.
- VIÑAS, Ángel, *En las garras del águila*, Barcelona, Crítica, 2003.



Ysás, Pere (ed.), «La época socialista: política y sociedad (1982-1996)», revista *Ayer*, 84, 2011.

## Financiación

El trabajo remitido forma parte de los resultados del Proyecto de Investigación (2019-2021) «Historia, Memoria y Sociedad Digital. Nuevas formas de transmisión del pasado. La transición política a la democracia», orientado al análisis de la representación del periodo 1975-1986 (programa Retos del Conocimiento, financiado por el Ministerio de Ciencia, Investigación y Universidades y el Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER) con referencia RTI2018-093599-B-I00 MCIU/AE/FEDER, UE).

## Datos de los autores

César Luena López (cluena@hum.uc3m.es, <https://orcid.org/0000-0003-0644-4887>). Profesor Asociado de Política Española, Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Carlos III de Madrid. Doctor por la Universidad de La Rioja en Ciencias Humanas y Sociales (2014). Eurodiputado. Patrono de las Fundaciones Pablo Iglesias y Sistema. Miembro del Consejo asesor de las revistas *Temas para el debate* y *Sistema*.

Especializado en historia política de la España contemporánea. Autor y director de obras como *En defensa de Julian Besteiro, socialista*, Editorial Biblioteca Nueva; *Cien años de la huelga de 1917*, Editorial Pablo Iglesias; *Partidos políticos, democracia y cambio social*, Editorial Biblioteca Nueva; y *El Socialismo*. De Unamuno a Marañón. Andrés Saborit, en Tirant lo Blanch.

Juan Carlos Sánchez Illán (jcsanche@hum.uc3m.es, <https://orcid.org/0000-0002-5692-8022>). Catedrático de Historia del Periodismo, Departamento de Comunicación, Universidad Carlos III de Madrid. Acreditado Catedrático ANECA (enero de 2014). Doctor en Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid (1996). Cuatro sexenios de investigación (1994-2017).

Especializado en el análisis de las interrelaciones entre Historia, Periodismo y Política en la España contemporánea. Autor de ensayos como, entre otros, *Periodismo y política en la España de la Restauración*; *La nación inacabada. Los intelectuales y el problema de la construcción nacional, sobre la Edad de Plata de la Cultura Española*, en la editorial Biblioteca Nueva. *Una República de papel* y *Diccionario biográfico del exilio: los periodistas, sobre la cultura política del exilio español de 1939*, en la editorial Fondo de Cultura Económica; *Prensa y política en la España contemporánea. El negocio de la influencia*, en Tecnos.